

MISERERE PARA MEDIO FRAILE

(Boceto de homenaje al poeta San Juan de la Cruz)

No soy amigo de volver sobre mis trabajos pasados. Entiendo que el dramaturgo, como todo creador literario, no debe perder su tiempo en la contemplación del camino andado, sino dar sus pasos de cara al futuro, afianzando lo más valioso de su obra y, por supuesto, desechando la ganga para consolidar una menor imperfección artística. Sin embargo, ahora vuelvo sobre una obrita que escribí hace más de diez años —a finales de 1964— y lo hago porque entiendo que volver sobre ella no es volver la cara hacia atrás, como nunca lo es el contemplar nuestra Historia, de la cual viene fatalmente nuestro presente.

PRONTO se cumplirán los cuatro siglos del acontecimiento histórico-ecclesiástico-doméstico que me sirvió de base para escribir el "Miserere para medio fraile". Fue exactamente la noche del 2 de diciembre de 1577 cuando irrumpieron los Calzados en la humilde casita que habitaba Juan de Yepes, ya a la sazón fray Juan de la Cruz, junto al convento abulense de la Encarnación. Aquella misma noche recibió el medio fraile poeta la primera paliza corporal de las muchas que le iban a propinar durante varios meses sus beatíficos y conservadores hermanos, los Carmelitas Calzados. En una España que se había encerrado, obstinada y cerrilmente, en el castillo de marfil de sus viejos esquemas éticos y políticos frente al ejemplar movimiento europeo nacido de la Reforma, era lógico que no se admitiera la más mínima desviación reformadora aquende nuestras fronteras. Aquella detención del fraile carmelita por sus hermanos iba a ser el arranque de un largo calvario que habría de culminar, andando el tiempo, en feroz anatema del poeta reformador. Es el triste destino de los reformadores, perseguidos a ultranza por quienes piensan que las reformas sólo conducen al caos, a la subversión de los valores y a la aniquilación de las verdades consideradas como tales en un momento histórico

determinado. Y llegan las palizas, la cárcel y el anatema por los que pasó el recio y feble castellano Juan de Yepes. Sin embargo, también él, como todos los reformadores, después de su calvario, obtuvo el triunfo, y la reforma del Carmen, en la que estaba empeñado con otra castellana de rompe y ras-

CARLOS MUÑIZ

ga, Teresa de Avila, se fue imponiendo frente a todos y se realizó con absoluta plenitud. Al repasar ahora aquellas luchas domésticas, en el seno de una comunidad religiosa, me pregunto cómo es posible que durante cuatro penosos siglos no hayamos sido capaces, los españoles, de entender nuestra Historia ni de ver claramente que oponerse al que tiene moralmente razón es actitud equivocada de la que no puede deducirse ninguna enseñanza provechosa. Y seguimos empeñados en odiosas rencillas domésticas. Sobrecoje repasar la Historia de España y aprender cómo se han sucedido las represiones sistemáticas al despuntar los primeros retoños de la reforma en cada primavera del pensamiento. Hombres muy respetables, tal vez considerados como oráculos de su tiempo, han dado el no a la reforma

de turno, que era algo así como levantar la veda de los reformadores y autorizar su persecución con uñas y dientes. Después, sistemáticamente, el tiempo ha venido a poner las cosas en su sitio, aunque en ocasiones demasiado tarde, y los adelantados del pensamiento, aquellos que creían ciegamente que la Historia no se hace sentándose en una mecedora, sino caminando despaciosa, lenta y firmemente hacia el futuro, sólo han podido ver en el ocaso de su existencia el triunfo del progreso inherente a cada reforma. Muchas veces ni lo han llegado a ver y han sido sus hijos o sus nietos los que han gozado de una victoria lograda demasiado tarde. No me explico cómo todavía se ignora la implacable dialéctica de la Historia por hombres bienintencionados, y en muchas ocasiones hasta inteligentes, los cuales se arrojan las funciones de jueces, cuando no de fiscales. Aunque ambas profesiones sean hermosas, yo no cambio la mía de abogado defensor por ellas, quizá porque no me considero perfecto y pienso que en tales circunstancias nadie puede juzgar ni acusar al prójimo, y es más razonable defenderle o callarse. ¿Quiénes eran los que se oponían a la reforma de fray Juan de la Cruz? Sus nombres sólo son ya vagos ecos de algo muerto. El tiempo los ha borrado de la Historia y al cabo de los



trescientos noventa y ocho años transcurridos, sólo nos queda el nombre del reformador, del medio fraile castellano, del inmenso poeta cuyos versos,

que yo he recogido en mi obrita, deberfan ser el lema de todos cuantos quieren reformar la sociedad humana, tan injusta, mezquina, soberbia y egoísta:

"Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras
y saltaré los fuertes y fronteras".



A PRIMEROS DE DICIEMBRE DE 1577, FRAY JUAN DE LA CRUZ ES RAPTO POR LOS CARMELITAS CALZADOS. CONDUCTO A TOLEDO SUFRE DURANTE NUEVE MESES TODO TIPO DE VEJACIONES Y SUFRIMIENTOS, ENTRE ELLOS EL DE LA FLAGELACION. ESTA SITUACION HISTORICA ES RECOGIDA POR CARLOS MUÑIZ EN SU OBRA «MISERERE PARA MEDIO FRAILE».

TEXTO INTEGRAL DE LA OBRA

ACTO UNICO

(La escena está desnuda. Una cámara limita el escenario. En el centro de la escena hay un practicable no muy alto sobre el que vemos tres mesas alargadas y colocadas en forma de U, con la abertura hacia el espectador. Tras estas mesas habrá severos bancos de madera. A ambos lados del escenario, pegados a los laterales, para que no dificulten la completa visión del escenario, habrá dos plintos de medio metro de altura. Sobre los plintos, sentados en severos asientos, hay dos frailes largos, pálidos, flacos, imponentes, que parecen recién escapados de un cuadro de "El Greco", aunque el pintor por aquellas fechas anduviera por los treinta años y no hubiera pintado todo lo que nos dejó como herencia. Sin embargo, es la época de "El Greco", la época en que el Santo Oficio resplandecía en Castilla, la época en que nacieron y vivieron héroes, poetas, santos y nobles artesanos. Los dos frailes, a quienes desde ahora llamaremos Cronista 1.º y Cronista 2.º, visten hábitos marro-

nes. El primero, con gran capilla sobre los hombros, que cae hasta sus codos, y larga capa que llega hasta sus pies calzados con imponentes botas. El segundo, con capilla que apenas llega hasta los hombros, capa hasta media pierna y calzado con unas ligeras sandalias que dejan prácticamente sus pies al descubierto. Ambos lucen en su cabeza un hermoso cerquillo, que, a manera de enorme tonsura, deja buena parte de su cráneo pelado. Todos los frailes que intervienen en la acción visten hábitos como el del Cronista 1.º, excepto Fray Juan, que viste el mismo hábito que el Cronista 2.º. En el momento de alzarse el telón, la escena está vacía. Sólo vemos a los dos frailes sentados en sus plintos, inmóviles y ocres como estatuas de barro. Fuera de escena, no demasiado lejanos, se oyen cánticos conventuales. Al cabo de un momento, los dos frailes que hay en escena se ponen de pie. Se miran, se hacen una reverencia, miran al público y repiten la reverencia. Después quedan rígidos, de cara al público, en pie. Se mantendrán en esta actitud de rigidez, y cuando terminen de decir sus parlamentos, vol-

verán a sentarse con un movimiento siempre ligero, casi fantasmal.)

Cronista 2.º—|Corrían otros tiempos!

Cronista 1.º—|Tiempos de odio!

Cronista 2.º—|Tiempos de reforma!

Cronista 1.º—|Tiempos de contrarreforma!

Los dos.—(Como un lamento.) |Tiempos de guerra!

(Un silencio.)

Cronista 1.º—(En tono más bajo.) |Eran los tiempos de la guerra a muerte!

Cronista 2.º—Las bestias se devoraban...

Cronista 1.º—Y los pájaros...

Cronista 2.º—Y los insectos...

Cronista 1.º—Y las bacterias...

Cronista 2.º—Y los hombres...

Los dos.—(Como un lamento.) |Los hermanos!...

Cronista 1.º—(Santiguándose.) Dios nos perdone...

Cronista 2.º—Amén. (Se santigua.)

(Un silencio.)

Cronista 2.º—(En tono más bajo.) En aquel tiempo era necesaria una reforma...

Cronista 1.º—|Temed a las reformas, herma-

PERSONAJES

Fray Juan.

Visitador.

Prior.

Fraile anciano.

Cronista 1.º.

Cronista 2.º.

Varios frailes.

EPOCA DE GUERRAS ENTRE HERMANOS.

LUGAR: España, como siempre.

A. Javier Clavo.

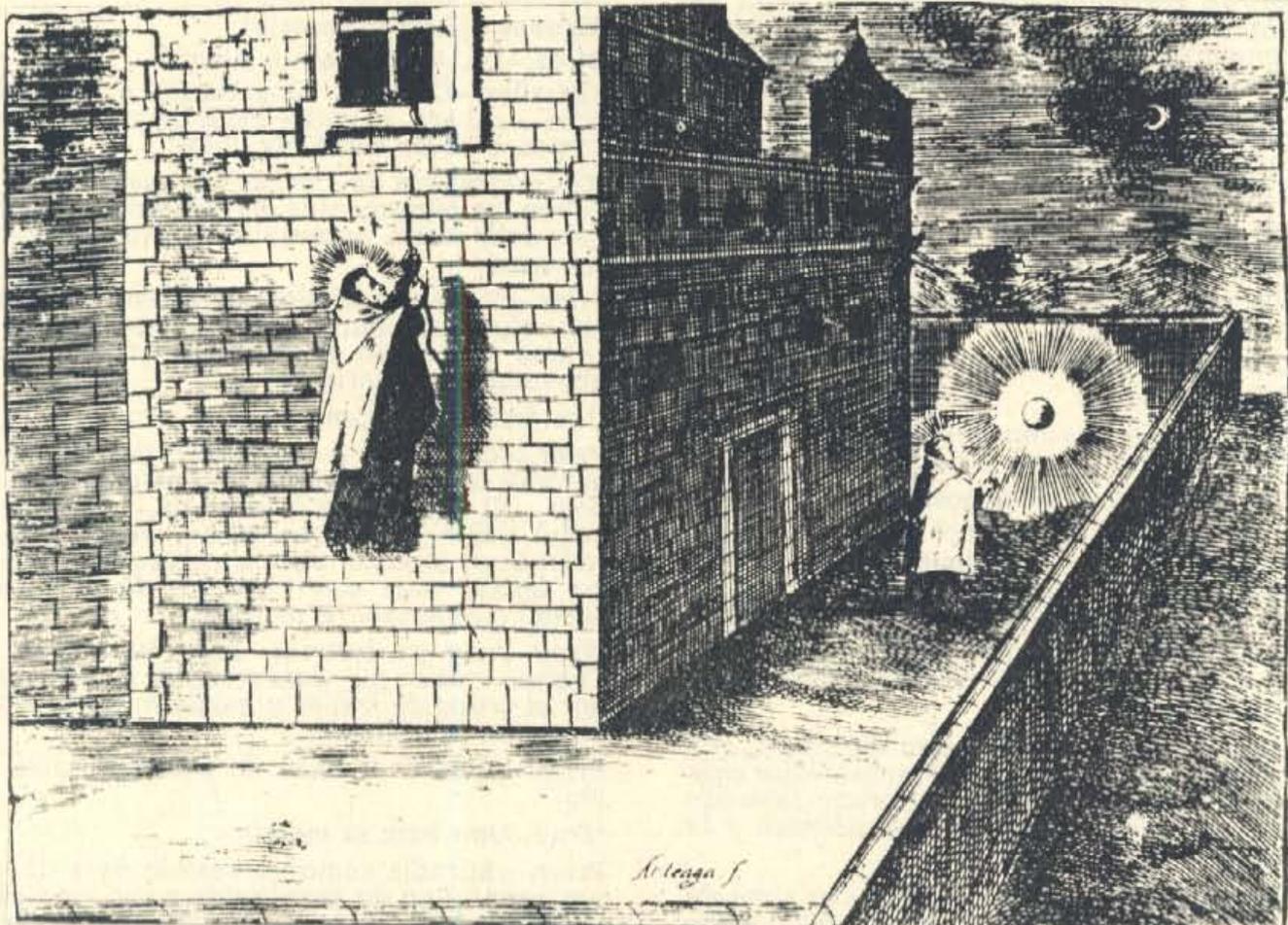
nos! Las reformas son una plaga perniciosa...

Cronista 2.º—(Alegremente.) |El Universo cambia! |Cada generación de hombres es más alta!

Cronista 1.º—|Temed el crecimiento! |Temedlo, hermanos míos! Seamos pequeños y carguemos sobre nuestras espaldas la miseria.

Cronista 2.º—|Sed grandes! |Creced! |Creced como la mies! |Más cada día!

Cronista 1.º—La torre de Babel quiso crecer... |Crecer es la soberbia, la vanidad, el pecado!...



EL 16 DE AGOSTO DE 1578, FRAY JUAN DE LA CRUZ PUEDE —POR FIN— EVADIRSE DEL ENCIERRO A QUE LE TENIAN SOMETIDO LOS CALZADOS. UTILIZA EL METODO CLASICO: CON UNA CUERDA SE DESLIZA DESDE SU CELDA HASTA EL EXTERIOR DEL CONVENTO. LOS CARMELITAS REFORMADOS (O DESCALZOS) LE RECOGERAN.

Cronista 2.º—Creced y multiplicaos!

Cronista 1.º—No permitas, Señor, que crezca nuestra miseria...

(Los dos frailes se miran de nuevo, cambian un nuevo saludo y vuelven a hablar al público.)

Cronista 2.º—En aquel tiempo se cometían muchos errores.

Cronista 1.º—Errores humanos.

Los dos.—*(Como recitando un salmo.)* Errores que ahora hemos superado.

(Los dos se inclinan ante el público y se sientan. Los cánticos suben ligeramente de tono. Por la izquierda entra corriendo un fraile con hábitos raídos. Al cinto lleva un manojo de grandes llaves.)

Portero.—¡Ya llegan! ¡Ya llegan, hermanos! ¡Venid! ¡Venid! ¡Venid todos! ¡Mirad cómo lo traen! ¡Maniatado! ¡Como un ladrón! ¡Como un salteador de caminos! ¡Como un hereje! ¡Como un blasfemo! ¡Como un judío! ¡Como un criminal!

(Fuera de escena han cesado los cánticos. Se oyen murmullos, como si el eco de las palabras dichas por el fraile portero se repitiera varias veces: "Hereje... Judío... Blasfemo... Criminal...". Luego se oye un murmullo general: "Loado sea Dios". Por un lateral entran corriendo los frailes, con gesto de impaciente alegría. Mientras, por el lateral contrario, entran el Visitador General de la Orden, el Prior del convento y el Hermano Carcelero. Entre ellos viene un hombre pequeño, vestido como el Cronista 2.º, maniatado y con el rostro pálido y sorprendido.)

Un fraile.—¡Ahí tenéis al hereje!

Otro.—¡Muerte al hipócrita traidor!

Varios.—¡Muerte, sí, muerte!

Un fraile.—¡Judío!

Otro.—¡Criminal!

Otro.—¡Asesino!

(El Prior alza sus imponentes brazos de Prior con un gesto de paz y de sosiego.)

Prior.—¡Medura y compostura!

Uno.—¡Es un reformador!

Otro.—¡Muera el reformador!

Prior.—¡Calma, hijos míos! ¡Aquí lo tenéis! ¡Es vuestro! ¡Rendirá cuentas ante vosotros! ¡Le aplicaremos la justicia! ¡Ved bien cómo es el frailecillo que pretende imponernos su reforma!

(Hace un gesto al Hermano Carcelero, que da un fuerte empujón al preso y le hace caer de bruces en el centro del grupo formado por los frailes. Los frailes se acercan y le miran como a un bicho.)

Prior.—Vedle despacio, para que os sirva de meditación y de escarmiento. *(Se vuelve hacia el imponente Visitador, más imponente que el propio Prior, puesto que ostenta un cargo de mayor autoridad.)* Reverendo Visi-

tador General... *(Se inclina ante él.)* Todo será conforme a nuestra regla, a nuestras costumbres y hábitos...

Visitador.—*(Hablando con voz campanuda y ligero acento portugués.)* Sea, sea como desea el Prior del convento, hermanos míos... Nuestro momento es llegado... ¡Podéis hacer justicia! Estáis autorizados para dar escarmiento en este fraile a toda la reforma...

Varios.—¡Abajo! ¡Muera! ¡Muerte a la reforma!

(Los ánimos están enardecidos. Mientras gritan, los frailes alzan la mano con gesto amenazador.)

Visitador.—Tened paciencia, hermanos. Me place ver vuestra santa ansia de venganza, pero debemos encauzar nuestras pasiones. ¡Encaucemos nuestras pasiones por el camino de la venganza infinita!

Todos.—¡Gracias! ¡Gracias a ti, benefactor de la Orden!

Visitador.—Morirá la reforma, pero no derramaremos ni una sola gota de sangre...

(Se acerca a él el Prior, que le dice algo al oído.)

Visitador.—*(Después de asentir a lo que le han dicho.)* Bueno, tal vez haya que verter alguna gota, pero será tan poca, que apenas manchará nuestras manos...

Algunos.—¡Derramémosla!

Otros.—¡Sí, no perdamos tiempo!

Visitador.—Calmaos, impetuosos y buenos hijos... ¡Ahora, el padre Prior os dirá lo que vamos a hacer con Fray Juan!

(Los murmullos de aprobación que acompañaban los parlamentos del Visitador se van calmando hasta hacerse un silencio impresionante.)

Prior.—Muchas penalidades hemos sufrido por culpa de nuestros hermanos enemigos... ¡Ahora es llegado el momento de alzarnos nuevamente victoriosos!

(Los frailes asienten.)

Prior.—*(Calmando a sus fieles hijos con un gesto de la mano.)* Fray Juan es todo un símbolo... El símbolo de la rebeldía... ¡Miradle cómo calla! *(Todos le miran. Fray Juan, todavía en el suelo, alza la cabeza para luego dejarla caer con un gesto de descon-suelo.)* ¡Levántate, Fray Juan!

(Fray Juan se levanta. Muy lentamente. Cuando está en pie, deja resbalar su mirada por el grupo de frailes y queda mirando un momento al Visitador.)

Prior.—¡Baja tu mirada de pecador, soberbio!

(Fray Juan baja la vista.)

Prior.—¡Miradle cómo va vestido para darnos pena! ¡Con un sayal raído y con los pies casi descalzos! ¡Pero en esta casa jamás ha pisado un pie descalzo!... ¡Le calzaremos, le vestiremos nuestro hábito, que es el que debe llevar, y será juzgado por nosotros!

Fray Juan.—¿Vosotros vais a ser mis jueces?

Prior.—¡Sí!

Fray Juan.—¿Qué crimen es el mío?

Prior.—¡La reforma!

Fray Juan.—¡El Papa la permite!

Prior.—¡El Santo Padre ignora vuestras perversas intenciones!

Fray Juan.—¡El Santo Padre sabe bien qué pretendemos!

Prior.—¡Queréis acabar con nuestro poder!

Fray Juan.—Queremos sólo tener el nuestro.

Prior.—¡Queréis imponernos otra regla distinta!



DURANTE LA PERMANENCIA DEL PADRE JUAN BAUTISTA RUBELO COMO SUPERIOR GENERAL DE LA ORDEN DEL CARMEN, SE PRODUCIERON LAS PRIMERAS GRAVES DIFERENCIAS ENTRE LOS CARMELITAS DESCALZOS Y LOS CALZADOS. ESTOS, QUE CONTABAN CON EL APOYO DEL PADRE RUBELO, FUERON LOS CITADOS ENEMIGOS DE JUAN DE LA CRUZ.

Fray Juan.—¡Sólo queremos tenerla! ¡Tenerla nosotros, sin imponérsela!

Prior.—(Riendo.) ¡Le oís! ¡Oíde bien, hijos míos! Es como aquel del cuento que llegó pidiendo una sopa de guijarros, y como la dueña no supiera hacerla, él se dispuso a condimentarla... Y a los guijarros añadió sal, y agua, y un poco de tocino, y un trozo de carnero, y algunas alubias, y dos o tres patatas... ¡Y cuando hubo hervido todo, sacó los guijarros y se comió la sopa!

(Grandes risas.)

Fray Juan.—¡Dios sabe que no!

Prior.—¡No invoques ese nombre, blasfemo! ¡Traed un hábito! ¡Un hábito nuestro! ¡Un hábito contrarreformador!

(Uno de los frailes se desprende del suyo. Es

un fraile muy alto, de forma que cuando vistan el hábito al frailuco, éste parecerá embutido en un montón de trapos.)

Fraile.—(Arrodillándose ante el Prior.) ¡Toma mis hábitos! ¡Mis hábitos para ocultar los que lleva ese hombre!

Prior.—¿Y tú, hermano?

Fraile.—¡Qué más da! ¡Yo me haré otro! ¡O pasearé así por el convento! ¡Todo antes que ver esas ropas del fraile desertor!

Prior.—¡Bien dices, hijo! Ve a buscar ropas más honestas. ¡Le pondremos tus hábitos y luego le juzgaremos!

(El fraile que entregó su hábito sale de escena.)

Prior.—¡Tomad, hermanos! ¡Ponédselo!

Fray Juan.—¡Nadie me quitará estos pobres y queridos hábitos!

Prior.—(Autoritario.) ¡Ponédselo! ¡Y si opone resistencia, utilizad la fuerza!

Fray Juan.—¡No podéis! ¡No podéis quitarme el hábito!

Prior.—¡Vamos! ¿Qué esperáis?

(Se hace un silencio impresionante. Fray Juan retrocede un paso. Los frailes le miran con expresión dura. Empieza a oírse una música estridente, moderna, concreta. Los frailes, haciendo movimientos bruscos, como exige la música, van aproximándose al pequeño fraile, que retrocede un paso. Los frailes se aproximan más a él. Fray Juan intenta huir, pero el fraile carcelero le sujeta por un brazo, por el cuello, por el alma. Los demás le rodean. Forcejean con él para quitarle la capilla y la capa y las sandalias. El fraile forcejea con fuerza sobrehumana para librarse de los otros. Pero ellos no están dispuestos a dejarlo. Luchan con él. Lo derriban. Uno pone su rodilla en el pecho del frailecillo. Otros le van quitando las prendas. Y las sandalias. Luego le ponen las ropas del fraile grande. La música se va haciendo más estridente por momentos. Termina siendo una especie de alarido. Fray Juan, de rodillas, en el suelo, queda inmóvil, como deshecho y humillado.)

Los frailes lo contemplan y ríen.

Toda esta escena, muda; deberá montarse como una pantomima. Movimientos ágiles, rítmicos y en ciertos momentos estridentes. Al iniciarse las risas, la luz del escenario se apaga. Sólo queda un foco iluminando la silueta de Fray Juan. Al oscurecerse el resto de la escena, los frailes van moviéndose como fantasmas hasta colocarse en las mesas que hay sobre el practicable. Los que no tengan sitio quedarán de pie, detrás de los bancos de las mesas laterales. En la mesa central se sentarán el Prior, el Visitador y otro fraile muy viejo. Quedarán inmóviles todos hasta que vuelva a iluminarse el escenario.)

Cronista 1.º.—Así fue el principio.

Cronista 2.º.—¡La reforma estaba a punto de sucumbir!

Cronista 1.º.—Por nuestra obcecación.





A TRAVÉS DE LA INGENUA IMAGINERÍA RELIGIOSA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII, VEMOS TRES MOMENTOS DE LA VIDA DE FRAY JUAN DE LA CRUZ: SU TOMA DE HABITO EN EL CONVENTO DE SANTA ANA, DE MEDINA DEL CAMPO, CUANDO CONTABA VEINTIUN AÑOS; SU PEREGRINAR POR CAMINOS DE ESPAÑA ENTRE 1585 Y 1588, Y SU MEDITACION MISTICA EN LA SOLEDAD DEL CONVENTO.

Cronista 2.º.—|Pero Dios es Infinitamente Generoso!

Cronista 1.º.—|Y nos ha perdonado aquel error histórico!

Cronista 2.º.—Así como nosotros perdonamos...

Cronista 1.º.—A nuestros deudores.

Cronista 2.º.—|Amén!

Cronista 1.º.—Amén.

(La luz que ilumina los plintos desciende hasta apagarse, mientras los dos Cronistas hacen una reverencia y vuelven a sentarse. La escena se ilumina.)

Visitador.—*(Levantándose y hablando con su voz autoritaria.)* | Formado el tribunal juzgador, va a ser leído al reo la intimidación de los actos del capítulo de Piacenza!

Fray Juan.—¿Y cómo vais a juzgarme vosotros? ¿Podéis ser jueces y parte?

Visitador.—|Podemos hacer todo cuando se trata de mantener los principios inamovibles de nuestra regla!

Fray Juan.—|Tendréis que responder de ello!

Visitador.—¿Dónde?

Fray Juan.—|En el Juicio Final!

Visitador.—|Sólo han de temer el Juicio Final aquellos que han pretendido la reforma! |Y calle el reo! |Leedle la intimidación!...

(El Prior toma un pergamino y lo desenrolla. Lee con voz fuerte, no tan grave como la del Visitador, para demostrar así su sumisión a la autoridad del otro. Empieza a oírse una música enérgica. La música se oye tan fuerte, que al principio no oímos las palabras del Prior. Sólo lo vemos gesticular y mover los labios. La música desciende en el momento en que el Prior empieza a decir:)

Prior.—*(Leyendo y accionando.)* Y porque hay algunos desobedientes, rebeldes y contumaces, llamados vulgarmente Descalzos, los cuales, en contra de las patentes y de los estatutos del prior general, han vivido y viven fuera de la provincia de Castilla la Vieja, en Granada, Sevilla y cerca del pueblecito llamado La Peñuela... y no quisieron, excusándose con falacias, cabilaciones y tergiversaciones, aceptar humildemente los mandatos...

(Sube la música y él acciona y mueve los labios unos breves momentos. La música vuelve a bajar.)

Prior.—(*Leyendo.*) ... se les intimará, bajo penas y censuras apostólicas, incluso, si fuese preciso, invocando la ayuda del brazo secular, y si se resisten, se les castigue gravemente...

(*Vuelve a subir la música. El Prior habla sin ser oído y acciona unos instantes. La música y su lectura terminarán simultáneamente. El Prior, al terminar, se sienta de nuevo.*)

Visitador.—¿Te das por enterado, Fray Juan?

Fray Juan.—Sí.

Visitador.—¡En este acto de justicia vamos a cumplir la orden que hemos recibido! ¡Contesta a las preguntas del venerable hermano!

Fraile anciano.—¿Por qué te has alzado contra nuestra autoridad?

Fray Juan.—¡Jamás lo he hecho!

Fraile anciano.—Has desobedecido, Fray Juan.

Fray Juan.—¡Soy sumiso y obediente!

Prior.—¡Mentira!

Visitador.—¡Te hemos detenido por no acatar la regla!

Fray Juan.—¡La regla de mi Orden la he acatado!

Visitador.—¡Tu Orden es la nuestra! ¡Y vosotros sois los sediciosos!

Fray Juan.—Roma nos autoriza...

Visitador.—¿Y qué sabe Roma de vuestras intenciones? ¿No habéis fundado conventos a espaldas de la autoridad eclesiástica?

Fray Juan.—¡Nada tengo que ver con esas fundaciones!

Visitador.—(*A los frailes.*) ¿Le oís? ¡Nada tiene que ver! ¡Nada tiene que ver! Pues yo te digo, frailecillo traidor, que aunque fueran ciertas tus palabras y nada tuvieras que ver, la misma pena tienes que los culpables...

Fray Juan.—¿Y cuál sería mi culpa? (*Lo pregunta serenamente, sin ningún tono de desafío.*)

Visitador.—Pues tu culpa..., tu culpa es..., bien lo sabes tú... Y yo te diré que..., que esa culpa te la va a señalar el propio padre Prior... (*Indica al Prior con un gesto que responde.*)

Prior.—Tu culpa es..., ya lo has oído... Bien claro te lo ha dicho nuestro Visitador... No hay más que hablar, Fray Juan... Ya sobran las palabras... Tú conoces tu culpa tan bien como nosotros la conocemos...

Visitador.—(*Con tono hueco y campanudo.*) Y hechas las acusaciones en regla por el padre Prior, yo, como Visitador General, te conmino... Fray Juan, ¿volverás de tu error?

Fray Juan.—¿Error? ¿Qué error he cometido?

Visitador.—Volverás de tu error, ¿sí o no? ¡Responde!

Fray Juan.—¡Si error ha sido comportarme con rectitud, con obediencia y amor a mis hermanos y a mi Padre..., os digo que no volveré de él!

Prior.—¿No te retractarás?

Fray Juan.—(*Dulce, mansamente.*) ¡No!

Prior.—¡Mira bien lo que dices!

Visitador.—Si no te retractas, nuestra mano justiciera caerá sobre ti. Piénsalo bien y responde.

Fray Juan.—(*Siempre dulce y mansamente.*) Lo he pensado...

Prior.—¿Y qué has decidido?

Fray Juan.—No daré un paso atrás.

Visitador.—¡Mirad la vanidad..., la ridícula vanidad de este enano!

Prior.—¡Piensa que ya no os apoya el nuncio muerto! Piensa que el nuevo nuncio está de nuestra parte y no tolerará reformas...

Fray Juan.—¿Por qué os empeñáis en llamar reforma a lo que no es más que un regreso a la verdad..., a la sencillez, a lo que no es más que un deseo de eliminar lo que hay de superfluo y egoísta en nuestra Orden?

Prior.—¡Aquí preguntamos nosotros y tú eres quien responde! ¡Responde de una vez! ¡Responde y ten en cuenta que si no acatas nuestra jerarquía y nuestra regla, serás apaleado!

(*Murmillos de aprobación.*)

Fray Juan.—Apaleadme cuanto queráis. Lo ofreceré para el bien de mis hermanos de la Orden, para el progreso de la regla...

Visitador.—¡Lo habéis oído! ¡Lo ha dicho! ¡Por fin lo ha dicho! ¡Progreso! ¡Ha dicho progreso! ¡Ya estás en nuestras manos! ¡Tú mismo te has condenado, fraile rebelde!

Fray Juan.—Y bien... Si así lo estimáis en justicia, ¿por qué demoráis la aplicación de la pena?

Prior.—(*Alzando los ojos al cielo.*) Señor..., tú eres testigo de esa malsana tozudez. Tú sabes bien que nosotros no queremos la guerra... (*Habla al oído, gesticulando ostensiblemente, al Visitador. Este asiente.*)

(*El Visitador, luego, habla al oído del Prior. También gesticula. Ahora es el Prior el que asiente.*)

Visitador.—Hijo mío... (*Sale de su banco y se acerca a Fray Juan. Le pasa una mano por el hombro.*) ¿Por qué te muestras tan hostil?

Fray Juan.—Porque sé que mi camino es el verdadero... Porque vosotros habéis roto la puerta de mi casa, os habéis abalanzado sobre el lecho en que dormía y, maniatado y con la boca tapada, me habéis privado de la libertad.

Visitador.—Está dentro de nuestras atribuciones...

Fray Juan.—¡La libertad no hay atribución humana que pueda prohibirla!

Visitador.—¡El libertinaje, sí!

Fray Juan.—¡El libre albedrío, no! Sólo Dios, oís, Dios, puede cercenarlo, y no lo hará para que sigamos siendo humanos...

Visitador.—Quiero pensar que tu obcecación es una santa obcecación... Y que pasado este momento volverás de tu error y compren-

derás la beatitud de nuestras intenciones... Nosotros te queremos, frailecito; te amamos como hermano nuestro que eres... Y no deseamos hacerte daño... No, de verdad... Lo único que queremos es vivir en paz... Que todos reconozcan sus errores. Que los descarriados volváis al redil... Tú debes dar ejemplo, Fray Juan... Tú puedes hacer comprender a muchos sus errores si haces un público arrepentimiento...

Fray Juan.—(Con voz serena.) No puedo arrepentirme, reverendo Visitador...

Visitador.—(En tono muy convincente.) Claro

que puedes, hijo... Todos podemos... Es cuestión de quererlo. Y tú, sin duda, lo querrás. Tú eres bueno. Tú eres, según dicen quienes te conocen bien, un santo.

Fray Juan.—Dios perdone a quienes dicen eso.

Visitador.—(Más alto y más convincente.) Un santo, sí. Y como santo que eres te tenemos...

Fray Juan.—Sin embargo, decíais hace poco...

Visitador.—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! Qué importa lo que dijéramos, hijo mío...



EN MUCHOS SENTIDOS, PUEDE CONSIDERARSE A TERESA DE JESUS —AQUI RETRATADA POR FRAY JUAN DE LA MISERIA— COMO UNA FIGURA PARALELA A LA DE JUAN DE LA CRUZ. EL DESEO DE AMBOS POR EFECTUAR UNA REFORMA RADICAL DE LA ORDEN CARMELITA HALLO MÚLTIPLES INTRANSIGENCIAS Y OBSTACULOS.

Fray Juan.—No puedo comprender que...
Visitador.—¡Recuerda la bienaventuranza! ¡Bienaventurados los ignorantes...! (*Transición.*) ¡No hace falta comprender! ¡El entendimiento lleva a la soberbia..., al pecado!
Fray Juan.—(*Pensativo.*) Tal vez...
Visitador.—Tu ejemplo será definitivo para volver el orden a la Orden, para volver la paz y la coexistencia.
Fray Juan.—¡Yo quisiera esa paz, reverendo Visitador..., pero sois vosotros los que no transigís!
Visitador.—¡Vamos, vamos, pequeño fraile santo! (*Le da unos golpecitos.*) Desciende de tu soberbia... Y si lo haces, tendrás un priorato y buena celda y buena biblioteca para que escribas versos de esos que tú escribes...
Fray Juan.—Gracias... (*Queda pensativo.*)
Visitador.—¿Aceptas, entonces?
Fray Juan.—(*Seguro en sus palabras, aunque dichas con mucha medida.*) Gracias de nuevo, reverendo, pero no puedo. Sería renunciar a la verdad, a la Justicia.
Visitador.—¡Bah! ¡Bah! ¿Y qué es la justicia de los hombres? ¿Qué es la verdad?
Fray Juan.—Lo único noble de este mundo de miserias y mezquindades, reverendo.
Visitador.—¡No te obceques, Fray Juan! (*Hace un gesto al Prior, que sale de escena.*) No sueñes más bondad de la que hay en realidad entre los hombres... Los hombres somos malos, somos perversos y mezquinos, como tú dices, y su justicia y su verdad también lo son.
Fray Juan.—¿Y no es obligación nuestra hacerlos que mejoren?
Visitador.—Ves, hijo mío... Eso es soberbia también. Es querer coger la luna con la mano, es querer sentarse a la diestra del Padre...
(*Entra el Prior de nuevo con una caja de madera. Entrega la caja al Visitador y vuelve a su sitio en la mesa central.*)
Visitador.—¿Sabes qué es esto?
Fray Juan.—No.
Visitador.—Es un regalo para ti. Un presente de paz. Mira...
(*Abre la caja y saca de ella un hermoso crucifijo de oro y piedras preciosas. Se lo tiende a Fray Juan.*)
Fray Juan.—(*Extrañado.*) ¿Para... mí?
Visitador.—¡Sí, para ti! Para tu mesa de trabajo. Para que inspire tus poemas y tus pensamientos... Es de oro... De oro y piedras preciosas.
Fray Juan.—Yo no puedo...
Visitador.—¡Acéptala, Fray Juan! ¡Acéptala como un símbolo de paz! ¡Es una hermosa joya!
Fray Juan.—Pero el que busca a Cristo desnudo, no ha menester joyas de oro...
Visitador.—(*Irritado.*) ¡Qué dices, impenitente soberbio!
Fray Juan.—Que no lo acepto, reverendo.

Visitador.—(*Amenazador, alzando la mano en la que tiene el crucifijo.*) ¡Mira lo que haces, Fray Juan! ¡Si no lo aceptas, serás juzgado duramente!

Fray Juan.—¿Y a qué esperáis para juzgarme?

Visitador.—¡Tú lo has querido! (*Vuelve apresuradamente a su sitio tras la mesa.*) ¡Todos vosotros, hermanos, sois testigos! Todos habéis escuchado las soberbias palabras de Fray Juan. Yo os pregunto: ¿Es preciso continuar el juicio?

(*Murmullo de todos.*)

Visitador.—No, no, claro que no. No es preciso. ¡Entonces, dictemos sentencia!

Todos.—¡Sí, sí! ¡Sentencia!

Varios.—¡Condenación! ¡Condenación eterna para Fray Juan!

Visitador.—(*Calmando a todos con el gesto.*) ¡Dictaré recta y justa sentencia contra ti, pecador!

Uno.—¡Empocémosle! ¡Que nadie sabrá de él! (*Asentimiento general.*)

Otro.—¡Que no salga de prisión hasta que vaya a la sepultura! (*Asentimiento general.*)

Visitador.—¡Serás condenado a comer agua, pan y sardinas!

Prior.—¡Y a permanecer cerrado en una celda estrecha!

Fraile anciano.—¡En una celda que habilitaremos en el hueco que servía de excusado a la sala de los huéspedes!

Prior.—¡Sobre la letrina se extenderán las tablas de tu lecho!

Visitador.—¡Y no verás la luz hasta la muerte!

(*Asentimiento general.*)

Visitador.—(*Acallando los exaltados ánimos con su imponente gesto.*) Y además...

Varios.—Hay un además...

Otros.—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Veamos cuál es el además!

Visitador.—(*Ante el silencio impresionante de los demás, añade.*) Serás despojado de la capilla y del escapulario. Sólo el sayal y la correa podrás llevar...

Uno.—¡Calvario!

Otro.—¡Calvario para el fraile!

Otro.—¡Calvario para el presidiario!

Todos.—¡Calvario! ¡Calvario!

Visitador.—¡Y tres días a la semana ayunarás a pan y agua, conforme prescribe la constitución!

Prior.—¡Y recibirás la disciplina!

Visitador.—¡Disciplina circular, castigo señalado para los rebeldes!

Todos.—¡Disciplina circular! ¡Suplicio! ¡Pagará! ¡Pagará con su sangre y con su hambre! ¡Pagará con su cuerpo!

Prior, Visitador y Fraile anciano.—(*A la vez. Poniéndose en pie y señalando un lateral con energía.*) ¡Encarceladlo, hermanos! ¡El mundo entero del progreso deberá escarmentar en ese frailecillo!

(Todos salen de sus puestos y se abalanzan sobre el fraile. Le increpan. Le zarandean. Le dan puñadas. Se oye la música concreta que ya hemos oído. A sus compases, arrastran fuera a Fray Juan sus hermanos. Estamos ante el triunfo de los contrarreformadores. La escena se oscurece bruscamente. Se iluminan las siluetas de los frailes cronistas.)

Cronista 2.º.—Y fue encarcelado...

Cronista 1.º.—¡Y ayunó!

Cronista 2.º.—¡Y fue disciplinado!

Cronista 1.º.—¡Disciplina, disciplina!

Cronista 2.º.—¡Horrorosa pantomima!

Cronista 1.º.—¡Los viernes eran días de gran fiesta! Al ayuno y a los insultos de todos, congregados en el refectorio..., añadían el placer sublime de la tortura...

Cronista 2.º.—Le ordenaban desnudar sus espaldas...

(Vuelve a iluminarse la escena. Los frailes, sentados a las mesas, están terminando de comer. En el suelo, de rodillas, en el mismo punto del escenario donde permaneció durante el juicio, Fray Juan come un pedazo de pan y bebe agua de una escudilla. En la mesa presidencial no está el Visitador. Sólo el Anciano y el Prior.)

Cronistas 1.º y 2.º.—Y toman las disciplinas...

Cronista 2.º.—¿Se van a disciplinar?

Cronista 1.º.—¿Van a dar ejemplo de mortificación al revoltoso?

Cronista 2.º.—¡No! ¡Van a cruzarle la espalda a latigazos!

Cronista 1.º.—¡Así era la disciplina circular!

Cronista 2.º.—¡Santo Dios! ¡La disciplina!

Cronista 1.º.—¡La disciplina, sí!

Cronista 2.º.—Disciplina...

Cronista 1.º.—¡Regular y secular!

Cronista 2.º.—Disciplina...

Cronista 1.º.—¡Jerárquica!

Cronista 2.º.—Disciplina...

Cronista 1.º.—¡Circular!

Cronista 2.º.—Disciplina...

Cronista 1.º.—¡Amén!

(Los dos frailes se sientan. Se apaga la luz que los iluminaba. Los frailes del refectorio van poniéndose en pie y, tomando cada uno unas disciplinas, van a colocarse en círculo alrededor de Fray Juan. Fuera se oyen cánticos conventuales.)

Prior.—(Colocándose también en el círculo, con sus disciplinas.) ¡Después de haber recibido el confortador alimento del cuerpo, demos al cuerpo el castigo que merece! ¡Hermanos, hoy es viernes! ¡Hoy debemos aplicar nuestra disciplina circular! ¡Desnuda tus espaldas!

(Fray Juan, mansamente, desnuda sus espaldas. Fuera, el cántico inicia, en latín, los compases de un Miserere (*). Deberá elegirse, entre todas las músicas compuestas para entonar el Miserere, aquella que tenga un sentido más dramático. Mientras fuera

de escena oímos este Miserere, que entonan, a media voz, voces muy varoniles, comienza el acto en la escena.)

Prior.—Antífona: se alborozarán, Señor, los huesos que tú has quebrantado. (Atiza un golpe con su disciplina sobre la espalda del santo. A partir de este momento, todos los frailes repetirán el juego. Dirán su frase y descargarán el latigazo en las espaldas del frailecito. Cada vez con más fuerza. Luego avanzarán, siempre en círculo, para dejar lugar al que venga detrás.)

Un fraile.—Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu gran clemencia.

Otro.—Según la multitud de tus ternuras, borra mis transgresiones.

Otro.—¡Lávame cabalmente de mi culpa, y de mi pecado purifícame!

Otro.—¡Porque reconozco mis crímenes y mis pecados, purifícame!

Otro.—Sólo contra ti he pecado; he hecho lo que es malo a tus ojos, de suerte que quedes justificado en tus fallos y sin tacha en tus sentencias. (El fraile que dice este verso atiza dos latigazos.)

Prior.—Un solo latigazo, oídmeme bien. ¡Un solo latigazo, aunque el verso sea muy largo!

Otro.—¡Mira que fui engendrado en la iniquidad y en pecado me concibió mi madre!

Otro.—¡Mira que amas la verdad en el secreto de los corazones; en lo más íntimo del alma me enseñas la sabiduría!

Otro.—Purifícame con el hisopo y seré limpio; lávame y seré más blanco que la nieve.

Otro.—¡Lléname de gozo y de alegría y alborócese los huesos que tú has quebrantado!

Otro.—Aparta tu semblante de mis pecados y borra todas mis iniquidades.

Otro.—Crea en mí, oh Dios mío, un corazón limpio y renueva en mi interior un espíritu firme.

Otro.—No me arrojes de tu presencia, no retires de mí tu santo espíritu.

Otro.—Tórname la alegría de tu salvación y sostenme con generoso espíritu.

Otro.—Enseñaré tu camino a los transgresores y volverán a ti los pecadores.

Otro.—Librame, oh Dios, Dios de mi salvación, de la sangre derramada y mi lengua aclamará a tu justicia.

Otro.—Abre, Señor, mis labios y mi boca anunciará tu alabanza.

Otro.—Porque no te complaces en sacrificios si te ofrezco un holocausto no lo has de aceptar.

Otro.—El sacrificio para Dios es el espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias.

Otro.—Favorece, Señor, en tu bondad a Sión; vuelve a edificar los muros de Jerusalén.

Otro.—Entonces aceptarás justos sacrificios, los holocaustos y las ofrendas; entonces se ofrecerán novillos sobre tu altar.

Otro.—Dales, señor.

Senes y qualma

Y hancos no que me lo ardo para que
consellada no me olvide de los pobres y su
como aspiden como elladica que har lo me
hara en una persona que no se dice lo que
lo malo seia. me lo debentor. inuoligau
quando menos lo meccia ne me sab brua con
mas sino dindalla mien no se peccar. i q
es in celabima consellada. como ella a na
e nesos humbles y mecos se ybraca. y me
pensa que todo lo fallan y todo mas nos
manquilla vus. en el anbre de pacoce
lo falta de mas no falta nada si.

ne ne ninguna necesidad de. Habida
n tiene que ni lo sabe sino inuoligau que
todas se peccia. si en una q. en no que me
re cira con. y me adios no anda en libro
blar me conq. mas es un y vus. si me
y quies. no anda en vus. me conq. inuoligau
tas proprias ni de dios ni de las creaturas
ni de la. Juicio de la propia eno. inuoligau
esita no tiene en me lo. p. ni que lo. inuoligau
buena de q. se. inuoligau que me. en la. p.
va. inuoligau de la. se. buena se. p. inuoligau
en me. es. q. se. inuoligau. vus. me. inuoligau
buena. inuoligau. inuoligau. inuoligau. inuoligau
se en. inuoligau. inuoligau. inuoligau. inuoligau.

Todos.—¡Se alborozarán, Señor, los huesos que tú has quebrantado!

(Los frailes quedan en silencio, agotados por el esfuerzo. El medio fraile, caído, hecho un ovillo, está inmóvil.)

Prior.—Hermanos, cumplida nuestra obligación, pasemos a meditar.

(Una música alegre, tal vez un Gloria, se oye como fondo. Mientras, los frailes van saliendo en orden, con las manos cruzadas sobre el vientre, beatíficamente. La iluminación de la escena desciende; sólo un foco ilumina la silueta del fraile Juan, hecho un ovillo de dolor y de amor. Se iluminan los plintos.)

Cronista 2.º—Y así pasó meses y meses...

Cronista 1.º—Corrían otros tiempos.

Cronista 2.º—Pero el fraile, rebelde, invencible, triunfante, escribía en su celda su cántico espiritual.

Cronista 1.º—Y un día escapó, descolgándose por una ventana.

Cronista 2.º—Y llevó a cabo la reforma.

(El fraile se levanta poco a poco. El Gloria se oye ahora más próximo. El medio fraile alza la vista al cielo; su voz, grabada en cinta magnetofónica, llena la sala, mientras repite este texto:)

Voz de Fray Juan.—¿A dónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido?

Como el ciervo huiste;
habiéndome herido,
salí tras ti clamando, y eras ido.
Pastores, los que fuéredes
allá por las majadas al otero,
si por ventura viéredes
a aquel que yo más quiero,
decídle que adolezco, peno y muero.

(La estrofa que sigue deberá decirlo con más energía, con menos suavidad.)

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras.

(El frailecito sonríe. Cae de rodillas y queda en íntima actitud de rezo.)

Cronista 1.º—Triunfó.

Cronista 2.º—¡Triunfó la reforma!

Cronista 1.º—¡Creció y fue grande como la mies!

Cronista 2.º—¡Creció más alto que la torre de Babel!

Cronista 1.º—¡Eran tiempos de errores!

Cronista 2.º—¡Tiempos que debemos olvidar!

Cronista 1.º—¡Y perdonar!

Los dos.—¡Amén!

Oscurece totalmente la escena. Muy rápido cae el...

TELON

(*) **MISERERE:** Antífona, Exultábunt Dómino, ossa humiliáta.

1. Miserére mei, Deus, secundum magnam misericórdia tuam.



RETRATO ANONIMO (SIGLO XVIII) DE FRAY JUAN DE LA CRUZ, QUE FUE ENCONTRADO CASUALMENTE EN UNA CHAMARILERA POR UN PADRE DEL CONVENTO CARMELITA DE AVON. EL FUTURO SANTO MORIRIA EL 13 DE DICIEMBRE DE 1591.

2. Et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam.
3. Amplius lava me ab iniquitate mea: et a peccato meo munda me.
4. Quóniam iniquitatem meam ego cognosco: et peccatum meum contra me est semper.
5. Tibi soli peccavi, et malum coram te feci: ut justificeris in sermónibus tuis, et vincas cum iudicáris.
6. Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum: et in peccatis concepit me mater mea.
7. Ecce enim veritatem dilexisti: incerta et occulta sapientiae tuae manifestasti mihi.
8. Asperges me hyssopo et mundabor: lavabis me, et super nivem dealbabor.
9. Auditui meo dabis gaudium et laetitiam: et exultabunt ossa humiliáta.
10. Averte faciem tuam a peccatis: et omnes iniquitates meas dele.
11. Cor mundum crea in me Deus: et spiritum rectum innova in visceribus meis.
12. Ne projicias me a facie tua: et spiritum sanctum tuum ne áuferas a me.
13. Redde mihi, laetitiam salutaris tui: et spiritu principáli confirma me.
14. Docébo iníquos vias tuas: et ímpii ad te convertentur.
15. Libera me de sanguinibus, Deus, Deus salutis meae: et exultábit lingua mea justitiam tuam.
16. Domine, labia mea apéries: et os meum annuntiábit laudem tuam.
17. Quoniam si voluisses sacrificium dedissem úti que: holocaustis non delectáberis.
18. Sacrificium Deo spiritus contribulátus: cor contritum, et humimiliátum, Deus, non despicias.
19. Benigne fac, Dómine, in bona voluntate tua Sion: ut aedificentur muri Jerusalem.
20. Tunc acceptábis sacrificium justitiae, oblationes et holocausta: tunc imponent super altare tuum vitulos.
21. Requiem aeternam.
22. Anf. Exultábunt Dómino, ossa humiliáta.